

January 2010

La investigación en las ciencias sociales: breve historia y retos actuales

José Darío Herrera

Universidad de La Salle, Bogotá, jdherrera@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Herrera, J. D. (2010). La investigación en las ciencias sociales: breve historia y retos actuales. Revista de la Universidad de La Salle, (51), 55-70.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La investigación en las ciencias sociales: breve historia y retos actuales



José Darío Herrera*

■ Resumen

En la situación actual, las ciencias sociales no pueden establecer su cientificidad sin revisar su historia más próxima. La vinculación de las ciencias sociales con el compromiso por la transformación social no es un asunto que se resuelva apelando a la epistemología o a una suerte de filosofía de la ciencia que desconoce los contextos a partir de los cuales se forma el saber social; por el contrario, es la propia práctica de investigación social y su devenir histórico los que nos permiten comprender las crisis y los retos que enfrentamos quienes hacemos ciencia social. El presente artículo aborda la historia de la investigación social, sus crisis y los retos que enfrenta en la actualidad.

Palabras clave: ciencias sociales, investigación, historia de la ciencia, hermenéutica.

* Doctor en Filosofía. Universidad Nacional de Colombia. Profesor asociado de la Universidad de La Salle. Docente del Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, Universidad de Manizales (CINDE). Correo electrónico: jdherreira@unisalle.edu.co

El presente artículo busca aportar elementos para la comprensión del discurrir histórico de la investigación en ciencias sociales. En este sentido, no busca tanto realizar una mirada detallada de hechos o acontecimiento relacionados con la investigación en el campo de la realidad social, sino que más bien tiene la intención de delimitar un horizonte de comprensión que permita leer, en perspectiva histórica, los sentidos que ha adoptado la investigación social y lo que parecen ser, en la actualidad, sus encrucijadas. En relación con ello, no se trata tanto de realizar un abordaje epistemológico de las ciencias sociales, es decir, de interpretar su historia a partir de los diversos constructos teóricos que la teoría de la ciencia o la epistemología han desarrollado para comprender la validez y estructura del conocimiento científico, sino de reconocer unos momentos ligados a las formas del proceder científico y la autocomprensión que de la investigación social portan sus agentes, para lo cual se tomarán en cuenta los aportes de Immanuel Wallerstein¹ y de Pierre Bourdieu².

El artículo se desarrolla a partir de dos apartados. En el primero se plantea una mirada histórica sobre la construcción de las ciencias sociales, hasta llegar a los albores de la investigación contemporánea. En el segundo apartado se plantean algunas de las que parecen ser cuestiones cruciales de la investigación social actual.

Una mirada histórica de las ciencias sociales

No es un tema sencillo abordar el discurrir histórico de las ciencias sociales por varias razones. En primer lugar, porque como lo plantea Bourdieu (2003), la producción escrita en el campo de las ciencias sociales es muy amplia, tanto en lo que tiene que ver de manera directa con la sociología de las prácticas científicas

¹ Científico social estadounidense; principal teórico del análisis de sistemas-mundo. Desde la perspectiva de su trabajo, ha realizado un interesante aporte a las ciencias sociales planteando la necesidad de reformularlas para generar nuevas formas de comprensión de las dinámicas sociales contemporáneas. El autor ha planteado, por tanto, la necesidad de que las ciencias sociales del siglo XXI realicen una revisión crítica del legado de las ciencias sociales del siglo XIX, ya que a ellas subyacen supuestos y formas de abordar la realidad social que no permiten comprender las contradicciones de las actuales sociedades capitalistas.

² Sociólogo francés que ha buscado superar la comprensión de lo social apuntalada en la suposición de una distancia entre las estructuras sociales y la acción y las prácticas sociales de los sujetos. En este marco ha elaborado la teoría de habitus y campo que recontextualiza el concepto de capital, para señalar que las formas de pensar, sentir actuar son habitus constitutivos de campos sociales (el mercado, la universidad, el arte, la escuela) caracterizados por el juego de tensiones que se presentan entre diversas posiciones que compiten entre sí por acceder al capital y predominio simbólico de su campo, apuntando a reproducirlo o a transformarlo.

ficas, como con el material empírico que podría ser la base para un estudio que busque dar cuenta de la historia de la investigación social. En segundo lugar, porque la historia de la investigación social se encuentra estrechamente ligada a la epistemología como reflexión sobre las condiciones de validez del conocimiento científico y ello conlleva que a menudo dicha historia se encuentre referida a las grandes visiones o formas de comprensión de la ciencia, lo que parecería implicar que la investigación científica sería simplemente el reflejo, la aplicación o el trabajo sistemático en concepciones completamente elaboradas de la ciencia. Como lo plantea Bourdieu (ibíd., p. 20):

Finalmente, la última, y no la menor, de las dificultades es que la ciencia y, sobre todo, la legitimidad de la ciencia y el uso legítimo de ésta son, en cada momento, objetivos por los que se lucha en el mundo social y en el propio seno del mundo de la ciencia. Se deduce de ahí que eso que llamamos epistemología está constantemente amenazado de no ser más que una forma de discurso justificativo de la ciencia o de una posición en el campo científico, o, incluso, una variante falsamente neutralizada del discurso dominante de la ciencia sobre sí misma.

Esto no significa que simplemente puedan desconocerse los aportes realizados por la epistemología y la filosofía de la ciencia a la comprensión de la investigación social, sino que dichos aportes no agotan, por sí solos, las posibilidades de una comprensión de investigación social desde una perspectiva histórica. En tercer lugar, la dificultad para abordar el discurrir de la investigación social tiene que ver con la comprensión misma que asumamos de la historia. Es decir, que no existe algo así como *una* historia del discurrir de la investigación social que agrupara todos los hechos pasados y potenciales de la ciencia social en un mismo curso temporal, pero además tampoco es presumible que puedan delimitarse nítidamente las prácticas de investigación social para determinar cuáles de ellas hacen parte o no de dicha historia.

¿Cuál es entonces la mirada sobre la investigación social y sobre el discurrir histórico de la misma desde el cual se van a plantear las ideas que le dan forma al presente texto? La mirada que se adopta en este artículo no es la de un historiador o epistemólogo que se encuentra por fuera de las prácticas investigativas, sino la de científicos sociales que ven la necesidad de historizar

sus propias prácticas. Por ello la referencia a Bourdieu y a Wallerstein, quienes desde el campo de producción de conocimiento sobre lo social han convertido a la ciencia social misma en objeto de su reflexión.

Para comenzar a decantar los elementos históricos de la investigación social comencemos entonces por una pregunta: ¿cuál fue el origen de la investigación científica de lo social? Al respecto Wallerstein afirma que a lo largo de la historia ha habido reflexión o pensamiento social, como se puede constatar, por ejemplo, en los textos de Maquiavelo o en las reflexiones de Platón, de Aristóteles o de San Agustín (Wallerstein, 1996), pero que sólo entre los siglos XVIII y XIX toman forma las modernas ciencias sociales. ¿Cuál fue el punto entonces para que el pensamiento sobre lo social, emparentado con la filosofía, diera un giro y se convirtiera en investigación social? Wallerstein (2001, p. 166) afirma que con la Revolución Francesa aparecieron dos creencias que organizaron en torno a sí el orden social. La primera es la creencia de que el cambio político es continuo y normal. La segunda es la creencia de que el pueblo es la fuente de toda soberanía del poder político. Estas dos creencias plantean una cuestión política fundamental, según Wallerstein (ibíd.):

El problema con esas dos creencias es que como argumentos están a disposición de todos, y no sólo de los que tienen poder, autoridad y/o prestigio social. De hecho pueden ser utilizadas por las “clases peligrosas”, concepto que nació a principios del siglo XIX precisamente para describir a los grupos y las personas que no tenían poder ni autoridad ni prestigio social, pero sin embargo estaban presentando reclamaciones. Era el creciente proletariado urbano de Europa occidental, los campesinos desplazados, los artesanos amenazados por la expansión de la producción mecanizada y los marginales migrantes de zonas culturales distintas de las zonas a las que habían migrado.

La posibilidad de que estas creencias justifiquen la necesidad del cambio no sólo desde el lado de quienes detentan el poder, sino también de quienes no lo poseen conllevó, según Wallerstein, que las clases privilegiadas buscaran el control de dicha posibilidad a partir de dos instrumentos: las ideologías sociales y las ciencias sociales. En consecuencia, el surgimiento de las ciencias sociales

tuvo que ver, fundamentalmente, con la necesidad de manejar las presiones sociales a fin de, paradójicamente, regular las posibilidades del cambio social.

Las ideologías sociales que emergieron en los siglos XIX y XX fueron, según Wallerstein, la derecha, el centro y la izquierda, o, en otros términos, conservadurismo, liberalismo y socialismo. El conservadurismo era extremadamente reaccionario al cambio social, mientras que el socialismo lo exigía como una necesidad colectiva y que además debía llevarse a cabo rápidamente. El liberalismo, por su parte, concedía la necesidad de ese cambio, pero al mismo tiempo sostenía que no podía ocurrir con el impulso de las mayorías, sino que se requería la institucionalidad del Estado para impulsarlo. En este contexto, el liberalismo aconsejaba “dejar los juicios a los expertos, que evaluarían cuidadosamente la racionalidad de las instituciones existentes y la racionalidad de las nuevas instituciones propuestas, y propondrían reformas medidas y apropiadas, es decir, con cambios políticos al paso exacto” (Wallerstein, 2001, p. 167).

Finalmente, el liberalismo se consolidó políticamente y se convirtió en el soporte ideológico del proceso de constitución del sistema mundial en progreso. Las otras dos ideologías tuvieron que desmarcarse de sus posiciones radicales y terminaron convergiendo en torno a esta línea de centro. El punto es que el liberalismo apuntaba a un manejo del cambio social y ello derivó en la necesidad de una clase intelectual que se encargara de los problemas prácticos del cambio social y que no lo hiciera desde los “prejuicios” sino a partir de un análisis sustentado de las consecuencias que podría tener una reforma. Y para ello “necesitaban tener conocimiento de cómo funcionaba realmente el orden social y eso significaba que necesitaban investigación e investigadores. La ciencia social fue absolutamente indispensable para la empresa liberal” (Wallerstein, 2001, p. 168).

Así, las ciencias sociales partían de la premisa liberal de “la certeza de la perfectibilidad humana con base en la capacidad de manipular las relaciones sociales, a condición de que eso se hiciera en forma científica (es decir, racionalmente)” (Wallerstein, 2001, p. 169). En consecuencia, la ciencia social contó con todo el respaldo político que le permitió encontrar un nicho institucional en las universidades europeas.

Sin embargo, la entrada de las ciencias sociales en el modelo universitario implicó una tensión con la estructura del saber vigente:

La creación de las múltiples disciplinas de ciencia social fue parte del intento general del siglo XIX de obtener e impulsar el conocimiento "objetivo" de la "realidad" con base en descubrimientos empíricos (lo contrario de la "especulación"). Se intentaba "aprender" la verdad, no inventarla o intuirarla. El proceso de institucionalización de este tipo de actividad de conocimiento no fue simple ni directo. Ante todo, al principio, no estaba claro si esa actividad iba ser una sola o debería dividirse más bien en varias disciplinas, como ocurrió después. Tampoco estaba claro cuál era el mejor camino hacia ese conocimiento, es decir, qué tipo de epistemología sería más fructífera o incluso más legítima. Y lo menos claro de todo era si las ciencias sociales podían ser consideradas en algún sentido como una "tercera cultura" situada entre "la ciencia y la literatura" en la formulación posterior de Wolf Lepenies (Wallerstein, 1996, p. 16).

Las ciencias sociales se pretendían empíricas y positivas; por tanto, buscaron separarse de la filosofía y de la teología. Sin embargo su aproximación a las ciencias naturales representadas en la física, la química y la biología no era tan evidente. En el marco de la concepción de ciencia propuesta por el modelo newtoniano, las ciencias sociales se escindieron en dos facciones. Por un lado, las ciencias sociales nomotéticas, representadas en la economía, las ciencias políticas, la sociología y la antropología. Y por el otro, la historia, que se consideró a sí misma una ciencia idiográfica. Esta división del saber tuvo tanto un trasfondo político como epistemológico. Como lo plantea Wallerstein (1996, p. 8):

La ciencia, es decir, la ciencia natural, estaba mucho más claramente definida que su alternativa, para la cual el mundo nunca se ha puesto de acuerdo en un nombre único. A veces llamada las artes, a veces las humanidades, a veces las letras o las bellas letras, a veces la filosofía y a veces incluso la cultura, o en alemán *Geisteswissenschaften*, la alternativa de "la ciencia" ha tenido un rostro y un énfasis variables, una falta de coherencia interna que no ayudó a sus practicantes a defender su caso ante las autoridades, especialmente debido a su aparente incapacidad de presentar resultados "prácticos". Porque había empezado a estar claro que la lucha epistemológica sobre qué era conocimiento legítimo ya no era solamente una lucha sobre

quien controla el conocimiento sobre la naturaleza (para el siglo XVIII estaba claro que los científicos naturales habían ganado los derechos exclusivos sobre ese campo) sino sobre quien controlaría el conocimiento sobre el mundo humano.

En efecto, la división de las ciencias sociales en economía, política, sociología y antropología respondía a la necesidad de la regulación del cambio social. En este sentido, la economía corresponde con la realidad del mercado, la sociología con la realidad de la sociedad civil, la política con la realidad del Estado y la antropología con la realidad de “las otras” culturas y sociedades, en un proceso de expansión de la ideología liberal. El punto es que esta división del saber presupone una investigación de corte empírico que apunta al establecimiento de leyes que permitan la orientación del cambio en cada una de esas esferas de la realidad social. Pero, además, esto implicó que los objetos de estudio de estas ciencias, por decirlo así, se “cristalizaran” como si fueran la representación completa de la realidad social.

Ahora bien, la historia si bien se ha escrito desde la antigüedad, en su vertiente universitaria buscó deslindarse de las narraciones y apologías del pasado, para buscar precisamente la reconstrucción de los hechos, tal y como se dieron. Sin embargo, ello no implicaba su definición como una ciencia nomotética sino como una ciencia idiográfica, es decir, una ciencia que no busca el establecimiento de leyes y regularidades, sino que busca comprender la particularidad de un momento histórico, esto es su carácter único e irrepetible. Se mantuvo así una tensión entre las ciencias sociales y la historia por la cual ésta última se veía más próxima a las humanidades clásicas y a la literatura.

¿Qué implicaciones tuvo esta división del saber para la investigación social? En primer lugar, la investigación social se circunscribió a las disciplinas como forma de organización y división del trabajo de producción de conocimiento, lo que significó que la realidad social se fragmentara en función de los estudios de las esferas mencionadas: economía, política, sociología y antropología. En segundo lugar, implicó que, en el marco del modelo de ciencia newtoniana, apuntara a una representación simple de la sociedad que pudiera hacerse manejable y aplicable a las necesidades del cambio social. En tercer lugar, implicó que los análisis sociales no tuvieran en cuenta el trasfondo histórico de la realidad social

y que sólo se centraran en lo actual de las estructuras institucionales o de las dinámicas sociales. En cuarto lugar, la búsqueda de leyes y regularidades implicó que la investigación social contara, por anticipado, con el supuesto de que las sociedades son homogéneas o al menos pueden ser explicadas con los constructos teóricos propios de las sociedades políticamente consideradas centrales. En quinto lugar, la investigación social asumió, acríticamente, las posturas ideológicas políticas vigentes y se enfrascó en discusiones metodológicas sobre la necesidad de que los investigadores conservaran la objetividad, es decir, la neutralidad valorativa, frente a las realidades estudiadas. En sexto lugar, la proximidad política de las ciencias sociales a la ideología liberal conllevó que admitieran, acríticamente como un recurso de análisis y de interpretación, la idea de que las sociedades se ven inevitablemente abocadas a un progreso continuo. En séptimo lugar, la oposición entre la historia y las ciencias sociales derivó en una contraposición entre los enfoques metodológicos cualitativo y cuantitativo, desplazando la reflexión sobre la imbricación de las ciencias sociales con las posiciones políticas dominantes. Y en octavo lugar, las ciencias sociales, al estar ligadas al aparato institucional del Estado, determinaron que la investigación se realizara en temas y aspectos funcionales a la construcción de la legitimidad de los nacientes estados nacionales. Este fue, grosso modo, el panorama en el que se desarrolló la investigación social en el mundo moderno, entre los siglos XIX y la primera mitad del siglo XX.

En la segunda mitad del siglo XX la investigación científica social recibió un impulso no visto hasta ese entonces, cuyas causas fueron la expansión del sistema universitario, la gran cantidad de recursos destinados a la investigación y el aumento de la especialización. En este contexto, surgieron en Estados Unidos los estudios de área que supusieron un primer desplazamiento en los objetos de estudio definidos por las ciencias sociales decimonónicas. Estos estudios tomaron como objeto un área geográfica que suponía una unidad cultural, lingüística e histórica. Estos estudios tuvieron un carácter multidisciplinar, convocando expertos de las diferentes ciencias sociales, por lo cual, con el tiempo, pusieron de manifiesto que las divisiones del saber decimonónico eran en gran medida artificiosas. Pero además pusieron de manifiesto la necesidad de debatir si los constructos teóricos propiamente occidentales tendrían relevancia a la hora de comprender otras culturas, o si se podrían considerar que estos constructos

constitúan un metalenguaje pertinente para la interpretación de cualquier cultura. En medio de este debate, señala Wallerstein (1996, p. 44) que los teóricos presupusieron la idea de que todas las sociedades siguen un camino de modernización, sólo que se encuentran en diferentes momentos de dicho camino, lo cual tuvo una consecuencia para la investigación social, pues a partir de esta idea se destinaron más recursos a la producción de conocimiento social, buscando precisamente jalonar dichos procesos de modernización en las sociedades consideradas atrasadas.

Al tiempo, se hizo evidente en la investigación histórica la necesidad no sólo de describir las instituciones y dinámicas sociales, así como los hechos del pasado, sino de realizar una mirada crítica que pusiera en primer plano el conflicto, las inequidades de género, las vulneraciones a los que eran sometidos grupos humanos indígenas. Asimismo las ciencias sociales se dieron cuenta de que requerían la incorporación de una mirada histórica en sus formas de abordar sus objetos de estudio. Los sociólogos, economistas y analistas de sistemas políticos empezaron a tomar “muy seriamente contextos históricos específicos y colocaban el cambio social en el centro de la historia que relataban” (Wallerstein, 1996, p. 49).

Debido a la expansión de las especialidades y de los temas de investigación las fronteras trazadas entre ciencia política, sociología, economía, antropología e historia se fueron desvaneciendo, ampliando los intereses de estudio más allá de los requerimientos de las instituciones del Estado. Finalmente, las ya debilitadas líneas disciplinares, la proliferación de objetos de estudio, la crítica al carácter conservador de las ciencias sociales vigentes y a las aproximaciones metodológicas deducidas del modelo de ciencia natural derivaron en dos críticas fundamentales para la investigación social.

La primera crítica interrogó hasta qué punto las ciencias sociales eran, en realidad, demasiado locales, es decir, una perspectiva con pretensiones de universalidad, pero anclada en las condiciones socioculturales de los países desarrollados. Como lo plantea Wallerstein (1996, pp. 54-55),

[...] la expectativa de universalidad, por muy sincera que sea su persecución, no ha sido satisfecha hasta ahora en el desarrollo histórico de las ciencias sociales. En los últimos años los críticos han denunciado severamente los fracasos y las inadecuaciones de las ciencias sociales en esa búsqueda [...]. Ahora podemos ver retrospectivamente que la apuesta a que las ciencias sociales nomotéticas eran capaces de producir conocimiento universal era realmente muy arriesgada.

La segunda crítica cuestionó la artificial división entre ciencias naturales y ciencias sociales, dado que, al tiempo que la mirada nomotética en ciencias sociales muestra su carácter profundamente reductivo de sus objetos de investigación, las ciencias naturales se desmarcan del modelo de ciencia newtoniana encontrando que éste es inadecuado para la comprensión de realidades físicas a escalas micro o macro. Así, paradójicamente, las ciencias consideradas duras

comenzaban a acercarse a lo que había sido despreciado como ciencia social “blanda” [...] eso no sólo comenzó a modificar el equilibrio de poder en las luchas internas de las ciencias sociales sino que además sirvió para reducir la fuerte distinción entre ciencias sociales y ciencias naturales como “supercampos”. Sin embargo, esa atenuación de las contradicciones entre las ciencias naturales y la ciencia social no implicaba, como en los intentos anteriores, una concepción mecánica de la humanidad, sino más bien la concepción de la naturaleza como activa y creadora. La visión cartesiana de la ciencia clásica describía al mundo como un automaton, determinista y capaz de ser totalmente descrito en forma de leyes causales o “leyes de la naturaleza”. Hoy día muchos científicos naturales afirman que la descripción del mundo debería ser muy diferente (Wallerstein, 1996, p. 67).

En este contexto, las teorías de la complejidad propuestas para el estudio de los sistemas químicos, físicos y biológicos parecen ser claves para el estudio de los sistemas humanos, permitiendo incorporar varios elementos que las ciencias sociales han venido reclamando; por ejemplo, la necesidad de situar el conflicto en el análisis de las realidades sociales, de reconocer la dependencia histórica existente entre diversos sistemas sociales, la fuerte particularidad que cobra un sistema que se propone como autodiferenciado y la necesidad de dar cabida a la incertidumbre como elemento que debe ser ponderado en el análisis social y no simplemente dar por supuesto el “avance social”.

Algunas encrucijadas de la investigación social contemporánea

A partir de la breve mirada que se ha dado al discurrir histórico de la investigación en ciencias sociales, es clave circunscribir de manera aproximada el momento actual por el que pasan los investigadores sociales y las cuestiones cruciales a las que se enfrentan. Podemos decir que estas cuestiones pasan por la tensión que se presenta entre la investigación social “institucionalizada” y orientada a finalidades de conocimiento que responden a las demandas de campos políticos y económicos, y la investigación social en cuanto práctica científica que, sin desconocer esas demandas, no se circunscribe a ellas, sino que tiene en perspectiva la construcción de una interpretación del mundo social. Puede decirse que la manera en que esta tensión sea afrontada determinará en gran medida el “futuro” de las ciencias sociales. Como lo plantea Wallerstein (2004, p. 138):

Frente a esta situación hay tres escenarios posibles. El primero es mantener la precaria estructura académica de las ciencias sociales de la actualidad hasta que un día caiga por su propio peso. Este parecería ser el camino que hemos escogido. Puede seguir así, pero es improbable que nos quedemos sentados esperando el desarrollo de los acontecimientos. El segundo escenario posible es que aparezca un *deus ex machina* —o varios— y nos reorganice la estructura de las ciencias sociales. Candidatos para hacerlo hay, y de hecho algunos estarían más que contentos si los dejáramos: funcionarios de los ministerios de educación y autoridades universitarias, burócratas [...] El tercer escenario, quizá el más improbable pero también el más interesante es que sean los científicos sociales quienes tomen la delantera para trabajar en la reunificación y en una nueva división de las ciencias sociales, cuyo efecto sea una división del trabajo más inteligente que permita un avance intelectual significativo en el siglo XXI.

Este tercer escenario presupone que las prácticas de investigación científica no se “fossilicen” en las demandas de investigación que vienen dadas por otros campos de la realidad social, lo que implicaría que sería una tarea prioritaria de la investigación interrogar el paradigma vigente y la reconstrucción comprensiva del objeto de estudio de las ciencias sociales. En este sentido, Bourdieu

(2003, p. 152) afirma que la ciencia social se encuentra en una especial posición por la cual se encuentra expuesta a la heteronomía,

[...] porque la presión exterior es especialmente fuerte y las condiciones internas de la autonomía son muy difíciles de instaurar. Otra razón de la débil autonomía de los campos de las ciencias sociales es que, en el propio interior de esos campos, se enfrentan unos agentes desigualmente autónomos y que, en los campos menos autónomos, los investigadores menos heterónomos y sus verdades “endóxicas”, como dice Aristóteles, tienen por definición mayores posibilidades de imponerse socialmente en perjuicio de los investigadores autónomos: los dominados científicamente son, en efecto, los más propensos a someterse a las exigencias externas, de derecha o de izquierda, y los más predispuestos, a menudo por defecto, a satisfacerlas, y tienen, por tanto, mayores posibilidades de dominar en la lógica del plebiscito, o del aplaudiómetro, o del “índice de audiencia”.

Ahora bien, frente a ello, Bourdieu plantea que, precisamente, para ser ciencia, la investigación social debe establecer una ruptura con el mundo social. Esto no significa que Bourdieu esté sugiriendo un retorno a la idea de neutralidad valorativa del investigador social en el marco de un ideal de plena objetividad del conocimiento sobre lo social. Por el contrario, lo que plantea Bourdieu es que, precisamente el reconocimiento de la pertenencia del científico social a la realidad social que estudia exige que las prácticas de investigación tomen en cuenta esta copertenencia para incluirla como parte de sus abordajes metodológicos. En este sentido, Bourdieu (2003, p. 153) sugiere

[...] asociar una visión constructivista del objeto científico: los hechos sociales están contruidos socialmente, y todo agente social, como el científico, construye de mejor o peor manera, y tiende a imponer, con mayor o menor fuerza, su singular visión de la realidad, su “punto de vista”. Es la razón de que la sociología, quiéralo o no (y las más veces lo quiere), toma partido en las luchas que describe. Por consiguiente la ciencia social es una construcción social de una construcción social.

Se trata de asumir radicalmente la pertenencia del investigador social a su objeto de estudio, convirtiendo esa pertenencia en un elemento de reflexión teórica y metodológica no para anularla, sino para construir el conocimiento

social a partir de las posibilidades reflexivas de lo social. Bourdieu (2003, p. 155) considera que

[...] hasta la ciencia más sensible a los determinismos sociales puede encontrar en sí misma los recursos que, metódicamente puestos en práctica como dispositivo (y disposición) crítico, pueden permitirle limitar los efectos de los determinismos históricos y sociales. Para ser capaces de aplicar en su propia práctica las técnicas de objetivación que aplican las restantes ciencias, los sociólogos deben convertir la reflexividad en una disposición constitutiva de su habitus científico, es decir, en una *reflexividad refleja*.

Es clave, entonces, que las prácticas investigativas en ciencias sociales reconozcan que existen determinismos históricos y sociales en la construcción del conocimiento, pero que ello no significa que no pueda haber un ejercicio de reflexividad sobre esa condición de manera que se revierta, en sí misma, en la producción de conocimiento científico. La reflexividad de la práctica de investigación como práctica social implica que las ciencias sociales deben construir preguntas propias y no sólo circunscribirse a proyectos de investigación formulados desde instancias externas. Sin preguntas propias, la investigación social solamente va a seguir reproduciendo los esquemas metodológicos y teóricos heredados de manera acrítica. Por tanto, la investigación no sólo debe orientarse a aportar a la solución de problemas sociales, sino, primordialmente, a generar comprensiones de la realidad social, proveyendo los elementos para discutir los paradigmas vigentes y redefinir los problemas a investigar.

La discusión de la ciencia social debería ser parte de las prácticas investigativas e implica discutir, al menos, las siguientes cuestiones:

- El conocimiento social simplemente no puede dividirse entre nomotético e idiográfico, sino que debe apuntar a la comprensión de sistemas sociales que se autodiferencian, lo que implica reconocer la lógica de tales sistemas y al mismo tiempo, comprender sus procesos evolutivos y su carácter estocástico.

- No puede seguir apuntándose a la comprensión de sistemas complejos a partir de la búsqueda de explicaciones simples. Precisamente, las ciencias sociales debe construir teorías en la línea del paradigma de la complejidad que van asumiendo las ciencias naturales. Esto significa que las ciencias sociales deben concebir de manera más dinámica su objeto, teniendo en perspectiva su carácter histórico y al mismo tiempo su carácter de incertidumbre. Como lo plantea Wallerstein (1999, p. 294), “nuestro conocimiento es acerca de las estructuras que se reproducen mientras que están en constante cambio y, en consecuencia, nunca se reproducen. Podríamos descubrir las reglas que parecen regir los ritmos cíclicos, pero nunca describen en verdad una situación empírica dada. La ciencia de lo complejo es la ciencia de la descripción óptima de lo inherentemente impreciso”.
- El abordaje de la realidad social debe ir más allá de la multidisciplinariedad o la interdisciplinariedad de las prácticas investigativas, para poner en cuestión conceptos legados por las ciencias sociales y que, como lo plantea Bourdieu, son parte del legado sociocultural que hemos adquirido; por ejemplo las ideas sobre el desarrollo, o la idea de sociedad como articulación entre Estado, sociedad civil y mercado.
- Rebasar la búsqueda de identidad en las ciencias sociales a partir de la comparación con las ciencias naturales, bien sea para proponerlas como modelo, o bien sea para desmarcarse de ellas, orientando esa búsqueda hacia el reconocimiento de las ciencias sociales como parte integral de un sistema histórico social, asumiendo la siguiente paradoja: la comprensión de las ciencias sociales implica la comprensión del sistema histórico en el cual acontecen y a la vez, la comprensión de ese sistema histórico implica un cambio fundamental en las herramientas teóricas y metodológicas de las ciencias sociales.
- La alusión a lo económico, lo político y lo sociocultural como esferas separadas de la realidad social y la oposición entre “nuestra” cultura y sociedad y la de “otros”. Esto no quiere decir que se busque una explicación homogénea para las diferencias culturales y sociales, sino que la base de esa comprensión sea la distinción entre un “nosotros” y un “los otros”. Se trata

más bien de reformular esta cuestión en términos de una tensión entre lo particular y lo universal.

Se trata, en suma, de decantar, en el contexto mismo de las prácticas de investigación científica, los elementos que permitan dar una discusión crítica sobre las ciencias sociales y sus teorías y procedimientos. Por consiguiente, es clave comprender que la reconstrucción crítica de las ciencias sociales no es simplemente una reflexión epistemológica, sino también una reflexión histórica, pues esa labor de reconstrucción no es sólo propiedad de los filósofos de la ciencia sino también de los investigadores sociales.

Pensar las ciencias sociales contemporáneas debe hacerse realizando esta crítica histórica, pero también de cara a las urgencias del presente. En este último sentido, y como lo he demostrado en mi reciente trabajo (Herrera, 2009), es justamente la crítica histórica de lo realizado en las ciencias sociales lo que les permite a investigadores e investigadoras perfilar sus esfuerzos hacia cuatro tareas, igual de importantes para este comienzo de siglo:

1. el diálogo intercultural;
2. la construcción de utopías y horizontes de acción para la vida local;
3. la visibilización de las diferencias culturales; y,
4. la comprensión de las relaciones entre la ciencia social y la vida social.

Es alrededor de estas cuatro tareas que las ciencias sociales componen su devenir histórico en la actualidad, pero deben hacerlo articulándose en programas fuertes de investigación y de participación en lo social. Son esos programas de investigación social (en el sentido de Lakatos) los que aún no se encuentran perfilados, al menos en nuestro contexto. En ausencia de ellos, contaremos con un sinnúmero de especialidades en el conocimiento social y un número indeterminado de investigaciones, pero como tal, la ciencia social permanecerá apegada a sus esquemas más conservadores.

Referencias

- Bourdieu, P. (2003). *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- Herrera, J. D. (2009). *La comprensión de lo social. Horizonte hermenéutico de las ciencias sociales*. Bogotá: Cinde.
- Lakatos, I. (1987). *Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales*. Madrid: Tecnos.
- Wallerstein, I. (2004). *Las incertidumbres del saber*. Barcelona: Gedisa.
- Wallerstein, I. (2001). *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*. México: Siglo XXI Editores.
- Wallerstein, I. (1999). *Impensar las ciencias sociales*. México: Siglo XXI Editores.
- Wallerstein, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI Editores.